

De(pendiente)structivo

Kiara Nicole
Acevedo Moya

Se llamaba Josué. La manera en la que nos conocimos nada de especial tiene, vivíamos en el mismo edificio y de tanto encontrarnos empezamos a hablar. Lo nuestro empezó con el olor a café recién hecho y el fuego de la chimenea escuchando nuestras conversaciones hasta verse extinto, cosa que anunciaba el momento de mi partida, pues en la oscuridad se suelta aquello que luchamos por reprimir. En algún punto olvidé que debía volver después de que se apagara el fuego, decidí reemplazarlo, y con Josué como compañero, fuimos un par de flamas bailando, sintiendo que lo iluminábamos todo para después unirnos en una sola llamarada.

Pasados unos meses me mudé a su apartamento. No lo pensé, solo pensaba en lo cómoda que estaba con él, en la manera en la que sus palabras siempre eran perfectas para mí y lo bello que era estar entre sus brazos cada vez que podía.

Llegamos incluso a establecer rutinas, o más bien él adoptó la nueva versión de las mías. Todas las mañanas él preparaba el desayuno que le pedía mientras yo entablaba una conversación preocupante conmigo misma bajo las sábanas o, cuando lograba salir de la cama, lloraba frente a él. De cualquier manera, al verme tan destrozada, él se desesperaba y, como quien trata de calmar un berrinche infantil, me ofrecía tratos que parecían perfectos para levantar mi ánimo. Acto seguido comíamos, pero podía notar en sus prolongados silencios que había tomado para sí mis malestares.

Al acabar la mañana cada uno empezaba a tejer su día y se pensaría con toda razón que no sabríamos nada del otro hasta la tarde, pero, por desgracia, eran incontables las llamadas que recibía, ¡incluso al salir de casa! Siempre había un pretexto mañanero: “¿llegaste al trabajo?”, “¿podemos almorzar juntos?”, “hoy olvidaste decirme que me amas”, “¿tu jefe no está enojado por tu tardanza en llegar al trabajo?”. En la tarde me volvía a llamar, me preguntaba qué había comido y me contaba sobre su día. Era algo extremo, incluso tenía problemas en el trabajo por su culpa, así que cuando empezaba a quejarse o a contarme cosas sin importancia, simplemente dejaba el teléfono encima del escritorio por unos minutos, así podría trabajar sin tener su voz chillona atormentando mi oído; cuando notaba que había dejado de hablar, recogía nuevamente el teléfono y preguntaba: “¿y qué pasó después?”. Así hasta que agradecía por el tiempo que (según él) había tomado para escucharlo, le decía que para eso estaba y colgaba para seguir en mi trabajo, ya aliviada por no tener que soportarlo hasta estar en casa.

Quisiera decir que era solo su insistencia por escuchar mi voz o verme por algunos instantes, pero eso se quedaría corto; era como si Josué hubiera establecido un protocolo exclusivamente para seguir mis pa-

sos durante todo el día. A veces pedía que compartiera la ubicación de mi celular, medía mis tiempos de trabajo y el trayecto a casa, otras llegaba al lugar donde yo estaba. Pensé que lo hacía porque se aburría estando solo o no tenía amigos con quienes pasar el rato. Tal vez soy lo único que le queda porque sus relaciones familiares son pésimas, no lo sé, pero ahora siento que él no es la persona que hace unos meses me hablaba con dulzura en las noches y me dejaba llena de tranquilidad, ya no, ahora no tengo siquiera una pobre ilusión de paz. A veces lo evadía, sentía tan amenazada mi libertad que prefería correr de él y en mi escape tuve deslices —uno que otro beso inocente, una que otra noche mintiendo—, agotada por la presión que Josué ejercía sobre mí.

En la casa la rutina era horrible, soportarla exigía un esfuerzo sobrehumano de mi parte. Él hablaba mientras yo divagaba sobre temas que eran más importantes para mí, yo ya no tenía ganas de otra cosa que de dormir; cabeceaba mientras de fondo se escuchaban sus quejas, no tenía nada que decirle, sus llamadas a lo largo del día se habían robado toda la charla. Cuando por fin acababa de hablar, yo me despedía, usando el cansancio como excusa para esquivar otra conversación y me iba a dormir; algunas veces Josué me seguía hasta la cama y se acostaba en silencio a mi lado, otras se quedaba en la sala y

sus lloriqueos me quitaban el sueño, pero no quería ir a lidiar con sus absurdos problemas.

Así soportamos un año, aunque siento que es más adecuado decir que yo lo soporté. El día de nuestro aniversario me sorprendió —¿cómo pude estar tanto tiempo en estas dinámicas?—. Al llegar a casa le grité, lloré mientras explicaba que me sentía ahogada, atada y vieja. Caí al suelo y sentí cómo me abrazó con fuerza, aunque acababa de decirle lo mucho que repudiaba su cercanía; entre llantos me pidió perdón, acariciando mi cabello y diciendo que yo era la columna sobre la que se apoyaba todo su mundo. Lloramos, yo por hartazgo, él por miedo, y con las caras hinchadas y la respiración sollozante amanecemos.

Después de esto no volví a escuchar su voz cantando en las mañanas, tampoco recibí sus llamadas, de hecho, ya ni siquiera me enviaba mensajes; al llegar a casa, estaba justo como lo había dejado, acostado en nuestra cama. No salía, no se movía y

me importaba tan poco que no sabía con certeza si respiraba. Pero tengo que admitirlo: su quietud me servía. *Aquí está mi paz* me decía mientras tomaba un café frente a la chimenea que vio nacer mi miseria.

El último día que estuve con Josué fue un domingo, disfrutaba de mi día libre hasta que tocaron a la puerta con un afán preocupante. Era mi suegra, quien llegó sin avisar, tenía unas ojeras enormes y la cara de un tono tan pálido que se asemejaba al verde, su cabello estaba grasoso y lleno de enredos, no olía bien. Entró histérica preguntando por su hijo. Yo, que me sentía imperturbable aquel día, la dirigí hacia el cuarto y volví a la cocina a ordenar especias, pues se veían un poco olvidadas. Una de ellas se soltó de mi agarre cuando un grito nefasto rompió el silencio. Era la madre de Josué, que entre lágrimas y ahogos repetía: “¡ese muerto no es mi hijo!”. ¿Muerto? Pero si él vive de la mejor manera, yo misma me he asegurado, ahora no estorba.○